

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
15 de Junio de 1889.
NÚMERO 37.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

APELES MESTRES

Es una ilustre personalidad artística, orgullo de Barcelona y gloria de España. Dibujante correctísimo, imprime á sus trabajos un sello de elegancia y de distinción incomparable; como caricaturista es ingenioso, y como literato, un poeta de altos vuelos.

Su último libro, *Baladas*, es la prueba mejor de que no exageramos en nuestro juicio.

En otro lugar de este número publicamos una composición del citado volumen; y en verdad que el libro, además de su mérito artístico y literario, es un verdadero primor tipográfico.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS

ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





DIARIO CÓMICO

15 de Junio.— ¡Qué día tan memorable para la familia de D. Roque Escarpini, dueño de la acreditada zapatería *El Águila Caudal*! Su hijo mayor, el Benjamín de la casa, Fernandito, acaba de obtener el grado de bachiller con brillante nota. El regreso de la Universidad, la entrada del muchacho en la trastienda, es un espectáculo de los más conmovedores. La mamá abraza llorando al aprovechado estudiante, el padre le felicita emocionado, los hermanitos pequeños, agrupados á su alrededor, le miran con anhelosa curiosidad, mezcla de admiración y de respeto y, en animado y pintoresco grupo, los oficiales y las ribeteadoras del taller contemplan desde la puerta la conmovedora escena.

D. Roque estrecha cariñosamente la mano de su vástago, y, al hacerlo, deposita en ella un duro en plata, un duro de los nuevos, del último cuño, brillador y deslumbrante, como las ilusiones y las esperanzas del chico en aquel momento.

— Entrégale después una petaca nueva, repleta de cigarrillos, y le enjareta con acento conmovido este pequeño discurso: — Fernando, ya eres un hombre, has cumplido dieciséis años y te has graduado de bachiller. Ya puedes fumar en mi presencia, tutear á la criada, y asistir al teatro Eslava á ver la última pieza, las noches que tengas dinero. Piensa en tu porvenir, y dime cuál es tu vocación; yo tengo mi plan, y luego te diré lo que he pensado que seas en este mundo. Tú me indicarás á tu vez la profesión ó carrera á que te llevan tus inclinaciones. La posición que yo he soñado para tí es brillante; difícilmente habrá una de más lustre. Retírase el papá, y el joven bachiller quedó solo en su cuartito de estudio, sentóse junto á la mesa de trabajo, apoyó en ambas manos la laureada frente, y quedó sumido en hondas y graves meditaciones.

¿A qué profesión aludiría el autor de sus días? Y comenzó á pensar en qué esfera podrían desarrollarse sus aptitudes?



Desde luego se fijó en la política. Incitábanle poderosamente la fama de los ilustres repúblicos que hacían la felicidad de su país. ¿Por qué no había de ser temido como Cánovas? La travesura de Sagasta, la inconsecuencia de Martos, el *modus vivendi* de Romero Robledo, la popularidad de Pi y Margall, la aureola de gran orador de Emilio Castelar; todo esto le seducía, le fascinaba con poderosísima atracción, y ante sus ojos pasaban y volvían á pasar todos aquellos hombres célebres, como los fantasmas halagadores de un hermoso sueño. ¿Por qué no podía él llegar á ser ministro como lo han sido Gamazo, Víctor Balaguer, Núñez de Arce, Laldiko, Albareda, y otros cien que cobran hoy puntualmente la modesta cesantía?

Parentale luego que las glorias del estadista, que los triunfos del político, que las batallas del Parlamento, eran cosa baladí y de importancia escasa, y soñaba con verdaderos combates, con aureolas de héroe, y entonces veía desfilar las figuras de Narváez y de Espartero, de O'Donnell y de Prim, de Dabán y de Primo de Rivera, de Concha y de Cassola, — é instintivamente miraba las botanangas de su americana clara, como buscando el sitio á propósito para colocar los brillantes entorchados; aspiraba con fuerza el ambiente, creyendo que olía á pólvora, y en el incessante martilleo de los oficiales del taller de su padre al golpear sobre la piedra la rebelde suela, imaginábase escuchar detonaciones de fusilería, haciendo fuego granadeo.

Sus entusiasmos débiles apagáronse muy pronto,afortunadamente, y el arte escénico y sus pacíficas conquistas se enseñorearon de su acalorada fantasía; y entonces acarició la ilusión de ser un Julián Romea, un Miqueles, un Miquel, un Calvo, un Emilio Mario, un Mariano Fernández ó un José Mesejo. Verse aclamado y vitoreado por la electrificada muchedumbre, gozar los triunfos efímeros, pero ruidosos, del palco escénico, verse en caridad en todos los periódicos semanales, y cobrar quince ó veinte duros diarios de sueldo... ¿qué gloria mayor, y qué porvenir podía apetecer más lucrativo?...



Desgraciadamente para Fernandito, hacía pocos días que había visitado el grandioso templo de San Francisco, y el recuerdo de las maravillas pictóricas que el arte moderno ha acumulado en la famosa iglesia, torció el rumbo de un pensamiento, y creyó que no había nada comparable á la fama de Pradilla, Plasencia, Casado, Gisbert, Madrazo, Domingo, Moreno Carbonero, Américo, Sala, Luna Novicio, Degraín, y tantos otros, que brillan como estrellas de primera magnitud en el esplendoroso cielo de la pintura española. ¡Una primera medalla! ¡Un cuadro adquirido por el Ministerio de Fomento! Un puesto de honor en el Museo, al lado de los Velásquez y Murillos, de los Zurbaranes y los Miguel Ángel! ¡Oh! Decididamente su vocación era aquella. (Sería pintor)

Al rechazar con enérgico ademán varios libros que tenía al alcance de la mano, rodó un volumen por el suelo. Fernandito se apresuró á recogerlo, y al levantarlo miró distraídamente la cubierta. Leíase en ella: «Benito P. Galdós: *Gloria*.» ¡Ah! ¿Por qué no habla de ser escritor?

La literatura, en sus diversos campos, presentábase halagadores horizontes; y sin quererlo, recordó en seguida á Alarcón, á Valera, á Campoamor y á Zorrilla, á Gustavo Becquer, á Espronceda, á García Gutiérrez, á Aysa, á Echegaray y á Pereda, y...

En este momento, el honrado industrial, el Sr. D. Roque Escarpini, entró sonriendo en el cuarto de su hijo.

— No quiero hacerte esperar más tiempo, le dijo, la buena noticia que antes no quise darte, respecto de tu profesión; no te devanes los sesos, hijo mío: tu porvenir está asegurado. Tendrás que comer.

— ¿Sí? ¿A qué piensas dedicarme, papá?

— He alquilado para tí un cuarto bajo en la calle de Fuencarral. ¡Te pondré un salón de limpiabotas! — E. NAVARRO GONZÁLEZ.

¿TORITOS A MÍ?



—¿Usted de toros? —De toros, sí, señor. En algo se ha de invertir el tiempo. Tanta letra de molde á la postre, aburre. Hoy es un día en que me siento como sumergido en un lodazal de fastidio, según la gráfica expresión de Flaubert. —¿Y presume usted que en los toros se ha de divertir? —Al contrario. Si yo le dijese que jamás he podido aguardar el tercer toro... Una corrida es monótona; viendo un toro, ya están vistos los demás; pero yo no voy á la plaza por los toros ni los toreros, que me

tienen sin cuidado, por mucho que algunas veces he pensado en dejarme la coleta y echarme á lidiador de reses bravas, por aquello de que en España no hay más que dos caminos, amén del de la política, para hacer carrera, como se dice: ó la iglesia ó el ruedo, cura ó torero, y no le dé usted vueltas. Voy por las mujeres, mi eterna preocupación, por el ruido, y... por los monos sabios, aunque usted no lo crea. Cada *mona sabio* es un documento para el estudio de la antropología criminal. ¿No se ha fijado usted en el regocijo con que rematan á un caballo, ó le derriegan á palos, ó le tiran de las tripas, á fin de que no se las pise y pueda continuar en la lidia? —Precisamente yo no voy á los toros por no ver esas atrocidades. ¿Un caballo despanzurrado! ¡Uf, qué horror! —El hombre debe verlo todo y estar en todo; hoy, en la plaza; mañana, en el juicio oral... ¡Oh! ¿Cómo se fortifica el espíritu ante una buena estocada, ó la declaración de un testigo falso! El artista (y no se asombre usted de que me llame artista, puesto que hoy son artistas hasta los limpiabotas), más que en los libros, debe buscar las impresiones en la calle, como si dijéramos.

¿Qué reflexiones filosóficas —amargas si usted quiere— no sugiere una mujer hermosa que se deleita con las acometidas de una fiera y aplaude la gentileza y bizarría de un diestro! Con franqueza, D. Torcuato: ¿usted se casaría con una mujer de esas que gustan de las corridas de toros? —¿Yo? ¡Ah! no hubiera más mujer que esa! —Pues yo sí, por lo mismo que no la sorprendería que los toros embistan, por mansos que parezcan. Quien conoce el peligro, le evita. —¿Tiene usted unas ideas!... —¡Claro! como que soy humorista. Vamos, expóngame usted las razones en que se funda para pensar así. —Mira usted, yo soy viudo... —Enterao, no hablemos más. —Mi mujer —que en los infiernos se abraza —era harto aficionada á las lidias de toros, y ¡claro! á lo mejor se figuraba que yo era... —Suprima usted, D. Torcuato. ¡Ahora lo comprendo todo! como dicen algunos personajes de comedias de enredo. Pero no atribuya usted semejante conducta á las corridas de toros, sino á que su mujer —que en los infiernos se abraza —tenía sangre torera. Y, aquí para internós, ¿qué tal ponía las banderillas? —¡Vaya, que se gasta usted unas bromas!... —Las corridas de toros no influyen, ni en bien ni en mal, en las costumbres. —¿Que no influyen! De fijo que la criminalidad en España no sería tan cuantiosa si se suprimiera ese espectáculo sangriento y brutal que recuerda las luchas circenses de los romanos. —Erudito estáis. Esas sí que eran inmorales, atendido el criterio de usted. Mientras los leones y los tigres rugían embravecidos en sus jaulas y la muchedumbre, sedienta de sangre, asordaba el edificio con sus voces y palmoreos, las cortésimas emberberchinaban á los espectadores con líbricas visajes y enardecedoras señas. La fiesta terminaba entre los alaridos agonizantes de las

fieras y las quejas y convulsiones del deleite carnal... —Las costumbres varían. Eso no se toleraría hoy. Lo que yo declaro es que los toros son un espectáculo poco ó nada edificante, donde se pervierten los buenos sentimientos. —Moral casera á lo comedia moraliniana. Noto que me está usted empujando á discutir, cosa que no acostumbro, porque creo que todo tiene su pro y su contra, y á discutir sobre un tema sobadísimo. En un artículo de Valera, titulado «Apología de las corridas de toros», puede usted hallar razones de peso que acaso le convengan. Después de todo, maldito el interés que tengo en discurrirle. Ni yo sé una palabra de toros, ni gusto de los toros (perdóneme mi ingenioso amigo Cavia), ni me las echo de despreocupado en punto á moral. Las corridas de toros —discurre Valera— son una diversión popular, ni más ni menos contraria á las buenas costumbres que la comedia, el baile, el circo ecuestre, etc. ¿Se figura usted que de la plaza se sale belicoso, sanguinario? Antes creo que se sale aburrido, empolvado, aturdido, soñoliento. Por otra parte, el hombre es sanguinario de suyo, yendo y sin ir á los toros, y jamás entre las fieras se habrán ejecutado actos semejantes á los que Flaubert, por ejemplo, nos describe con pluma de fuego en su *Salambó*, entre bárbaros y cartagineses.

La historia está llena de sangre, y la vida, en resumen, no es otra cosa que la perpetua lucha de unos seres contra otros. No es, pues, de maravillar que el hombre aplaude esos espectáculos que, después de todo, no son sino el producto de las aficiones de un pueblo y... de la bravura de los toros. Desengáñese usted: todo se concluiría si los toros tomasen la consigna de no embestir. ¿A qué no se lidian gatos? —Por lo visto usted es de los que piensan que ciertos espectáculos no tiran á corromper los buenos instintos del pueblo. Pues yo entiendo lo contrario. —En redondo, no niego que discurre usted con juicio. Quien no ve más que infamias, á la corta ó á la larga se contamina; pero como todo es relativo, según D. Hermógenes y Spencer, su opinión de usted peca de sobrado estrecha. Nada es bueno ni malo como demos en pensar en ello, decía Hamlet, y tenía razón. No suponga usted que el pueblo se encanalla en los toros. El pueblo suele estar más corrompido de lo que pensamos. —No hay sociedad posible si no se asienta sobre la base de la moral. —No lo dudo, si bien usted no podrá negarme que los pueblos más adelantados son los más inmorales. ¡La moral! ¡A cuántas discusiones no ha dado origen esta palabra! ¿Qué de cosas no se han dicho á propósito de ella por filósofos y literatos! Pero doblemos la hoja. Vea usted el aspecto de la plaza. En los tandidos hormiguea un mar de cabezas que sigue los movimientos de la fiera. El toro ha hundido el asta en el vientre de un caballo que, sangrando, tambalea y cae. Fíjese usted, está muerto: parece que la mano de la tisis le ha dibujado con un carbón en la arena. Ese toro no ha querido tomar varas. Que se prepare á morir á lo San Lorenzo, asado. Corre ciego, mugiendo de dolor; del morrillo le salen dos chorros de fuego que se extinguen en una lluvia de irrisadas lucas que estallan con áspero estampido... —¿Diga usted que eso no pone los pelos de punta! ¿Qué horror! —¿Qué recuerdos tan tristes debe despertar en su memoria de usted la suerte de banderillas! Hace usted bien en maldecir de los toros.

Fray CANDIL

INCIDENTES Y EMOCIONES

Juntas la mujer amada
pasan algunos los días
diciendo mil tonterías
que no conducen á nada.
Y transcorre un año entero
sin dejar de hacer el oso
con aquel día famoso
de «me quieres?», y «te quiero?». —
Y crees que eso es lo mejor,
sin comprender estas gentes
que el amor su inocencia
es bobada, no es amor.
El tener concurridales
y guardar mil precauciones,
y sufrir mil desazones,
y allanar dificultades,
es lo que hace envidiosos
al hombre que es bien templado
cuando se halla enamorado,
y no es libre la mujer.
Porque no hay nada que iguale
á esto de estar esperando
con cautela y acobardado,
por ver si sale ó no sale
el hermano receloso
que más mira con disgusto,
ó el padre de como aliento,
ó el amigo ó el esposo.
Y entrar con gran precaución

esquivando á las porteras,
y subir las escaleras
palpitando de emoción.
—Por Dios, que puedes venir!...
—No te apures, vida mía!
—Si nos sorprenden un día...
vamos, no me atrevo á abrir.
—¿Y voy á estar en la puerta?
—¿Y si vienen?
—Ya veremos.
—Pero, por Dios!... —Estaremos
con cuidado y ojo alerta.
Sube gente, y es peor
el que me vean aquí.
—Tienes razón; entra, así
disfrazándonos mejor.
—Estos los no convienen.
—Pues, hija, yo estoy tranquilo.
—Y yo con el alma en vilo
por si vienen ó no vienen.
(Se sienta uno en el sofá,
y al dar el primer abrazo
se escucha un campanillazo.)
—¡Claro santo, mi papá!
—¡Dios mío, vaya un apuro!
mira por el ventanillo.
—El es; pronto, vé al pasillo
y entra en aquel cuarto oscuro.

(Se va el padre al gabinete
y después de larga espera,
salgo y tomo la escalera
más ligera que un cohete.)
—Por la noche es más bonito,
y al mismo tiempo más grave,
no de bajar la llave
pendiente de un cordelito,
abrir la cámara á oscuras
y entrar allí de puntillas,
y tropezar en las sillas,
y pisar las colgaduras.
—¿Y cuándo puede salir?
Juntos no nos pueden ver
y es preciso precaver
lo que pudieran decir.
—Pues hay medios y maneras
de cumplir nuestro deseo:
se va uno á dar un pisco
en vuelta por las atueras,
y se desamasa un ratito
comiéndose una tortilla
en la cámara Bombilla
ó en la Venta del Mosquito.
Y allá en las horas de almorzar,
en silla tan pintoresca,
se amuerra y se toma el fresco
sentados en la florista.
—En fin, que esta es lo mejor,

porque todas esas cosas
y aventuras deliciosas
son la salsa del amor.
Y si hay por medio un tirano,
celoso más de lo justo,
entonces si que da gusto
el ganarle por la mano!
—Pues los hombres, y es verdad,
que á ser tan celosos llegan,
son á los que se le pegan
con mayor facilidad.
—Me gustan las emociones
por eso estoy en mis glorias
con estas escapatórias
y con estas precauciones.
Y aunque hay también ratos malos,
desagradables sorpresas
y algunas escenas de esas
que siempre abraban á palos,
no hay en ello gran perjuicio.
—¡Debo nada apeararse,
pues han de considerarse
como *quiebras del oficio*.
—El hombre, si ve algo bueno
y algo que no se le da,
ya está de desaos lleno.
—¿Puedo por qué es tan dulce la
fruta del corcudo ajeno?
(FIN)



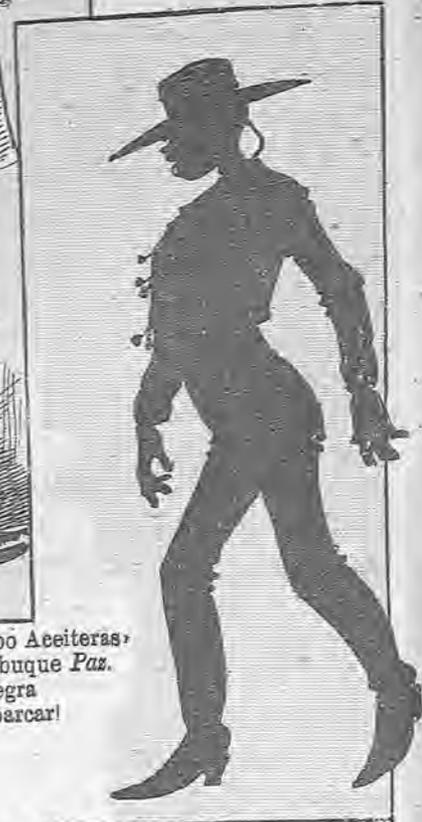
LOS APRENSIVOS



Yo tengo la lengua limpia,
y á mí no me duele nada.
Pero tengo una aprensión:
¿Tendré yo la solitaria?...



¿Si me dejarán cesante?



¡Cristo! En el «Cabo Aceiteras»
se ha ido á pique el buque Paz.
¡Por algo dice mi suegra
que yo me debo embarcar!

¡Hoy me coge el bicho!



Mi mujer es gran bocado...
¿Si estaré predestinado?



¡Yo creo que lo que padezco es hambre canina!



—Eso de *jasé* como que se mata al toro y no *matalo*, no me resurta, porque el bicho llega mu entero y está uno expuesto á encontrarse argo.

—No, maestro; las cornás también van á ser como que son, y aluego no son.



Imagínense ustedes todas las barbaridades que se pueden decir á una mujer; pues esas mismas y más le está diciendo éste.



—Figúrese usted qué orador será cuando dice que el Evangelio de San Marcos consta de 1.728 páginas, cuando son 1729, porque no incluyó el índice.



—Yo no sé en qué diablos consiste que siempre me coge el verano con ropa de invierno, y el invierno con ropa de verano. Y, sin embargo, no me compro ropa nunca.



—¡Pobre Galdós! ¡Hacerlo académico! ¡Condenarlo á Commeletán perpetuo! ¡Qué picardía!

La casa de muñecas.

(CUENTO)



I
Mi querida María Luisa: Mi niño es muy guapo; podrás satisfacer tu deseo... ¿te acuerdas? serás madrina de un hijo mío. Estoy algo pálida y me siento aún endeble, pero crio a mi niño. Pasemos á otro punto. ¿Qué más... que más tenía yo que decirte de nuevo? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Te prometí referirte lo que sentí al volver á mi casita de la aldea. Se ha transformado; ya no es aquella casa silenciosa y triste como una sa-

cristía; no queda de la tal más que un retrato del tío, del pobre cura, un lienzo borroso y arrinconado en la sala; el cuarto donde el bueno del viejo tenía el armario cargado de libros de pergamino, y la mesa con el Santo Cristo y las velas... Es nuestro cuarto dormitorio; en él tenemos nuestra hermosa cama de bronce dorado, mi tocador con blancas y bordadas colgaduras y cintas de color de rosa; es un gabinetito muy alegre, muy iluminado, lleno de color... Mis pájaros, puestos en la ventana, empavesada de enredaderas, sembradas por Juan, todo lo alborotan con sus píos.

Hace próximamente diecinueve años entré yo por primera vez en esta casa; era por entonces una chiqueta pequeña, un renacuajo, según me llamó mi señor tío al verme; me trajeron á la casa porque mi pobre madre había muerto, mi padre también había caído herido mortalmente en la guerra, y hacía pocos días que acababa de expirar... No tenía más pariente que el pobre párroco. Recuerdo que me dió miedo verle, vestido con aquella sotana tan larga y mirarle aquella faz tan agria y taciturna; pues ¿y la señora Magdalena, la vieja gruñona, rezadora y supersticiosa? ¡Qué impresión de receloso temor me produjo! No hice los primeros días otra cosa que esconderme por los rincones y llorar sin consuelo. El cura estaba aún más receloso que yo; mil veces me dijo después que mi llegada le había llenado de espanto; no había para él misión más embarazosa y difícil de cumplir que dedicarse á mi cuidado; creía que no hubrían de bastarle sus recursos propios y mi pensión de huérfana de un oficial muerto en la guerra. Mi porvenir le causaba graves preocupaciones; fruncía sus espesas y grandes cejas pensando en métodos de rígida educación; hubiera cerrado hasta las rendijas de las puertas para evitar que el aire de afuera no maleara mi naturaleza. Luego, querida María, verás qué existencia más monótona y triste fué la mía; rezar y rezar, y siempre rezar, leer libros soporíferos que yo no entendía, y que cuando llegué á comprender me causaban un profundo espanto. Mi tío D. Pascual era un aldeano zafote y rudo, á quien á fuerza de latines y teologías habían cambiado en cura; creyó siempre un deber suyo llevar cara de pocos amigos, sermonear con acento de mal humor, extremando su severo genio hasta para reprender las faltas más leves, sobre todo aquellas en que pudiera revelarse la espontaneidad, el aturdimiento y la alegría de la gente joven. Yo creo que hasta en la gracia de los pájaros hallaba el coquetaría censurables y sensualidades punibles.

Si tú supieras lo que yo he pensado acerca del mal humor de mi tío! Pero, en fin, te lo diré; entre mujeres y amigas, como nosotras, caben las más atrevidas confianzas. Pues bien: D. Pascual era en ocasiones colérico, sin saber por qué; se hallaba, como te he dicho, casi siempre sumido en la más tétrica melancolía; durante los primeros años me obligaba á corretear por el corralón entre los hierbajos, el jaramago amarillo, las mielgas y las malvas, las malezas de que estaba lleno aquel lugar solitario y tan inculto como sombrío y taciturno era el ánimo del cura; entonces jugaba algunas veces conmigo, llegando hasta el extremo de correr y reír...; pero después, cuando cumplí los diez años, se hubiera dicho que me tenía en su casa como hubiera podido tener un lobatillo domesticado, temiendo que inesperadamente reapareciesen en él los fieros instintos... ¿Y sabes lo que he pensado? que aquella aspereza y aquella melancolía eran consecuencia de su vida bárbaramente casta; sufría la falta del

amor, la falta de la mujer, únicas alegrías que moderan la feroz naturaleza de los hombres. Por Dios te aseguro que así lo he creído y lo creo.

Tenía yo una cocinita, comprada en la feria de Villacastín, y una celda con una monja, muftequita vestida con hábitos y tocás; se me ocurrió hacer entonces mi casa de muñecas. La hice en un rinconcito de mi cuarto. Puse mi sala de visitas, el gabinete, el comedor y la cocina; hice más; secularicé á mi monja, vistiéndola, á mi manera, como una señorita... y dispuse la alcoba de un modo que sorprendió pasmosamente á D. Pascual y á la señora Magdalena, que sin duda hubieran querido hacer conmigo lo contrario de lo que yo acababa de hacer con mi muñeca; convertirme, andando el tiempo, en religiosa.

—¿Qué hace la pequeña? preguntó cierta mañana el tío á la señora Magdalena.

—Ha de estar en su cuarto; se pasa las horas encerrada en él.

No debió parecerle á D. Pascual que aquel amor al recogimiento y á la soledad fuera tampoco buena señal, porque se encaminó á mi cuartito y quedóse muy absorto mirándome colocar mis diminutos cachivaches; de pronto se pone fosco y me dice con voz cavernosa, señalando á mis juguetes:

—¿Qué es eso?

—Una cama, repliqué con voz tímida, mirando mi linda camita colgada.

—¿Una cama con esos colgajost

—Es de matrimonio... repliqué.

Halló en esto una precocidad espantable, y por último empezó un trabajo de moralización ó de conversión que á mí me llenó de extrañeza y de zozobra.

Ya el tío había envejecido; yo era la colegiala que salía del colegio hecha una mujer, la compañera que tú despediste con lágrimas y abrazos; el tío recibió entonces la visita de Manuel... que se presentaba á pedirle mi mano; pues bien, el tío puso la misma cara ceñuda y terrible que había puesto al ver la camita de matrimonio de mi casa de muñecas.

Pero aquella casita era una simiente: ella creció y se agrandó, y desaparecieron los sillones de cuero, los Santos y los Cristos, las camillas de bayeta oscura, las sillas de convento; la casa tiene otros muebles; cómodas, aparadores con loza y vasijas de lindo cristal, paisajes, cromos con caricaturas, cortinas de colores... y el corralejo se ha convertido en un jardín con claveles, rosas pujantes, fuente bulliciosa y cenador... donde Manolo y yo reímos y cantamos, y... ¡lo que iba á decirte! Soy una loca.

Creo que vendrás pronto; te esperamos con impaciencia. Bueno. Antes de cerrar esta carta voy á decirte una cosa que acaba de revelarme Manolo, y que me ha enternecido. ¿Sabes lo que me dijo tu tío el día que después de la boda nos despedimos de él para emprender nuestro viaje á la Granja? me acaba de decir Manolo...

—¿Qué te dijo? le pregunté.

—Manuel, tenía este momento; hace mucho tiempo que me llenaba de pena pensar en este instante. Un día que vi entre los juguetes de Carmen una cama de matrimonio... sentí celos y tristeza. Al fin vendrá alguien, pensé... que te arrobete á tu niña. No hay duda; el mayor de los dolores, la atenuación más grande es la de los padres... cuando se les casa una hija.

¡Pobre cura! Como ves, me amaba; nunca eso lo dudé, puesto que en su testamento me dejó el único recuerdo que él podía dejarme... y para que viva y me ame, la dejó para ella y sus hijos mi casa. Una casa pequeña: la casa de muñecas.

Esta es precisamente la cláusula testamentaria. D. Pascual murió hace dos años; doña Magdalena vive aún, pero está casi ciega; ella y el retrato del tío son lo único que queda de la casa antigua. Miento; y mi corazón, que no ha variado y les ama como entonces.

Adiós, María Luisa, que vengas; no nos des un clasico; ¡amás te lo perdonaría tu—Carmen.

Por la copia,
JOSE ZAHONERO

LO NOVICI

A l'ombra d'una arcada,
del claustre á la quietut,
perduda la mirada
y l'vell rosari al puny;

sangnant sota l'silici
y espurnejant l's ulls,
tot sol parla l'novici
ab tremolós murmul:

—La terra que 'ns sustenta,
lo sol que 'ns dóna llum,
la lluna que ara argenta
lo firmament obscur,

la pau de la vesprada,
las flors ab sos perfums,
tot es per tu... ¡malvada!
¡Perjura... es tot per tu!

Per tu l'ardenta flama,
per tu ls petóms impurs
del vil que t' diu que t' ama,
demunt de tón pit nul

Y en tant aquí l'novici
que plora y se consúm,
sangnant sota l'silici
á Déu prega per tu.

Li diu que sempre puguis
gosar dels goigs d'avuy,
¡li prega que may deguis
la serp qu'en món ser dueli!

Plorós en terra 's postra,
clavant al cel los ulls,
murmura un Parenostre...
y ab ira estreny los punys.

APPELES MESTRES.



MI REPRESENTANTE...

«A decir, mi representante, y el de ustedes, y el de todos los españoles; un señor á quien ni ustedes ni yo conocemos, ni probablemente conocerá ninguno de sus representados. No recuerdo ahora cómo se llama; sólo sé de él porque lo han dicho los periódicos diarios de Madrid—y me parece que los de provincias también, aunque de esto último no estoy muy seguro—que es joven, por lo cual le felicito, y que es literato, por lo cual le compadezco... y sé además, porque también me lo han contado los papeles, que representará á España en un Congreso literario internacional que se ha reunido ó va á reunirse en París, no se sabe cuándo, mejor dicho, no sé yo cuándo, porque los congresistas si lo sabrán probablemente.

Pero... ustedes habrán leído la noticia como yo la leí, y lo mismo que á mí me sorprendió les habrá sorprendido á ustedes. «El joven literato D. N. N. (ya he dicho y repito que no recuerdo el nombre, y ahora digo, y me afirmo en repetirlo, que aunque me acordase de él no lo publicaría; porque en este asunto el nombre del literato es lo de menos, y yo no trato de mortificar á una persona á quien ni de vista conozco y que seguramente será muy estimable, aunque literato); el joven literato don N. N. ha sido nombrado representante de España en el Congreso literario internacional... etc.» Así, punto más, punto menos, estaba redactada la noticia de referencia, y es claro que basta leerla para que surjan espontáneas (ó *expontáneas*, como escribe un académico muy amigo mío) estas preguntas: ¿Ha sido nombrado? ¿Por quién?

Bien sería que se averiguase quién ha sido bastante amable para tomarse ese trabajo por nosotros. Porque es la verdad que sin su iniciativa provechosa corríamos riesgo inminente de no haber tenido representación en ese Congreso, y hubiera sido lástima grande. Parece, sin embargo (no sé si les parecerá á ustedes lo mismo) que el procedimiento empleado para conceder esa representación se ha salido algo, y aun algo, de las corrientes democráticas hoy preponderantes.

Cuando andan nuestros hombres políticos á vueltas con eso del *sufragio universal*, y aun dicen que se proponen votarlo (aunque yo no lo creo, por supuesto), descolgarse con un nombramiento hecho á cencerros tapados, es por lo menos anacrónico.

Ese literato joven, ó joven literato, como decimos los montados á la francesa, es seguramente (me atravesaría á jurarlo) un chico de mucho provecho; un mozo, digo yo que será mozo, de grandes esperanzas.

Logrará, andando los tiempos, talla más que sobrada y notoriedad bastante para representar, por voto unánime de todos los del oficio, á los literatos, no ya solamente de España y de América, pero de todo el mundo donde se gaste literatura; más al presente esos merecimientos se hallan, si así puede decirse, en estado de canuto, y nadie tiene noticia de ellos, ni del sujeto en quien se encuentran; circunstancia que justifica el asombro producido en mi ánimo por la lectura de la mencionada noticia.

Yo declaro sinceramente que sin intención (ni la más remota) de inferir ofensa á ese caballero... (tan joven y ya literato) estoy muy intranquilo y muy desasosgado desde que supe que él iba á representarme... Porque, señor, eso de que á uno le representen sin que uno haya tenido arte ni parte en ello, puede ser cosa grave, y es desde luego poco halagüeña. Imagínense ustedes que á ese niño le viene á voluntad decir que abomina del naturalismo, ó que es partidario de la literatura docente, ó que patrocina en el teatro el género pornográfico, tan elocuentemente combatido en el Congreso católico por el aplaudido dramaturgo Valentín Gómez; parecerá, es claro que parecerá y constará en actos y todo, que los españoles, cuya representación tiene ese joven, sin que nosotros se la hayamos dado, piensan eso y lo otro y lo de más allá... en fin, lo primero que al representante, en el calor de la improvisación, le haya saltado en la mollera.

Nada, nada antes que padecer esta zozobra y estar en sobresalto constante y con el alma en un hilo, prefiero renunciar generosamente á la parte alcuota de representación que pudiera caberme en el Congreso. Para estar representado, no á gusto mío, sino á gusto de otros, es preferible no tener representante.

Ahora, si los que le han nombrado, ó el que le ha nombrado, que bien puede haber sido uno solo, y hasta él mismo, ¿por qué no? declaran paladinamente que ese joven sólo lleva al Congreso la representación suya y la de fulano, zutano y peréngano (los que sean), corriente: allá se las hayan él y ellos, poderdantes y apoderado.

Pero si no sucede eso; si quiere decirse que ese apreciable caballero, á quien no conozco ni de nombre, ni de vista, ni de nada, lleva al Congreso literario internacional la representación de los que en España escriben y viven de eso, de escribir, conste donde hubiere lugar y para los efectos oportunos, que yo le retiro... mejor dicho, que yo no le he dado mis poderes.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

PROPIO Y AJENO

Los números 35 y 36 de Los MADRILES se han agotado por completo.

Rogamos á cuantas personas y corresponsales nos tienen hecho pedidos, tengan un poco de paciencia hasta que se reimpriman, lo que no es tan fácil como parece, porque hay que volver á dibujar de nuevo todas las planas de litografía, que se borran en cuanto se concluye la tirada.

Si algún corresponsal de provincias tuviese en su poder algunos ejemplares de estos números, haga el obsequio de devolverlos para atender en lo posible á otros que los necesitan.

Esto es hacer Revistas. El último tomo (porque número no puede llamarse á lo que contiene más de 200 páginas en 4.º mayor), de *La España Moderna*, inserta trabajos de Cánovas (don Luis), Campoamor, Barado, Benot, Coroleu, Varela, Ixart y otros, de no menos valía y reputación.

Muy bien, Sr. Lázaro; así se hacen las publicaciones y así se acreditan, y si queda alguien todavía por suscribirse verá usted cómo se apresura á hacerlo, ó no tiene gusto, ó no sabe lo que es buena literatura.

Sin familia se titula una novela interesantísima de Héctor Malot que acaba de ponerse á la venta en la librería de Fe. Consta esta traducción de dos abultados tomos, con preciosas ilustraciones de Emilio Bayard intercaladas en el texto, y profusión de láminas en color. Recomendamos á nuestros lectores su adquisición.

Ley de amor, por Eduardo Sánchez de Castilla, es un elegante volumen que acabamos de recibir, y que el autor modestamente llama *apuntes para una novela original*. Si tan primorosamente hace Castilla los apuntes, ¿cómo hará las novelas? Esto ya lo sabe el público, porque el año pasado saboreó con deleite *Firindola*. Compre ahora estos apuntes, que además llevan ilustraciones, y le sabrán á gloria.

Poesías.—Con este título, y esmeradamente impreso, ha publicado el Sr. D. Jaime Tornamira, pseudónimo bajo el cual oculta su verdadero nombre un distinguido literato mallorquín, un elegante volumen de inspirados versos, en los cuales se revela el autor como un poeta de los de buena raza. Debía estar penado por la ley el firmar con pseudónimo libros de un mérito tan relevante como el que nos ocupa.

¿Lo oye usted, Sr. Tornamira?

El Juicio de Bunterreal.—Juguete cómico-lírico de Enrique López Marín y Enrique Ayuso, música de D. Joaquín Viala.—Teatro Cómico, Sal. 3, tercero.—Precio: una peseta.

Biblioteca útil. Esta importante publicación acaba de poner á la venta el tomo cuarto de *INDUSTRIAS LUCRATIVAS* (segunda parte). Precio, 1 real. Casa editorial de Sobrino, Caños, 6, Madrid.

El hombre del cornetín, juguete cómico lírico, en un acto y en verso, letra de Eduardo Navarro y Gonzalvo, música del maestro Arnedo. Precio, una peseta. Florencio Piscowich, editor.

Á principios de año dimos los *quinientos* á nuestros suscritores, y parece que se han quedado ahogados á los obsequios, porque ahora, con la renovación de semestre, hemos recibido varias cartas preguntando si daremos alguna cosa á los que renueven; y como nosotros no desistimos más que hallar ocasión para corresponder al favor del público, fuere lo que fuere.

REGALAREMOS:

Á todos los suscritores de *Los MADRILES*, de Madrid y provincias, que renueven la suscripción por seis meses desde 1.º de Julio, recibiremos como regalo la preciosa novela *La mujer, el marido y la vecina*, original del festivo escritor Francisco Serrano de la Pedrosa, adornada con fotografías de *Cochy*, estampadas en color.

Á los que renueven por un año, desde igual fecha, el mismo libro y un tomo de *Las novelas amorosas*, á elegir entre los cinco que hay publicados y cuyo anuncio insertarán en la última plana.

Los nuevos suscritores disfrutarán de iguales ventajas.

ADVERTENCIAS.—Para tener derecho á estos regalos es preciso hacer los abonos directamente en la Administración de *Los MADRILES*.

No se admiten libranzas especiales de la prensa, por las dificultades que hay para hacerlas efectivas.

Los precios de suscripción por la venta en la primera plana.



CANTAR



Mi voluntad es más grande
que la voluntad de Dios,
que no te perdona El
lo que te perdono yo.

ANUNCIOS RECOMENDADOS

El Carnaval de Venecia.

Novedades de París, Londres y Viena.
Corbatas, puños, cuellos, bastones,
abanicos y toda clase de objetos para
regalos.

ANTONIO VILLARRO
18, Arenal, 18.

LIBRERÍA

DE
ESCRIBANO y ECHEVARRÍA

PLAZA DEL ANGEL 10 MADRID

Obra recientemente publicada.

Anales del torero. reseña histórica
de la lidia de reses bravas y galería bio-
gráfica de todos los matadores de toros
desde la antigüedad hasta el día, origen
de las corridas, etc., etc., por D. José
Velázquez y Sánchez: TERCERA edición
aumentada con extenso APÉNDICE por
el conocido escritor taurino D. Leopoldo
Vázquez Rodríguez. Consta de un tomo
gran folio de 466 páginas y 30 retratos y
suertes; precio, 72 pesetas en rústica y 58
en tela.

Habiéndose hecho una pequeña tirada
aparte del Apéndice, se vende al precio de
10 pesetas, con cuyo apéndice quedan
completos los Anales 1.^a y 2.^a edición,
hasta el día.

Suscripción permanente por cuadernos
semanales, á una peseta cada uno, sien-
do el total de cuadernos 52

CARLOS AUBERT

Las novelas amorosas.

Publicación de gran lujo con ilustra-
ciones en colores y cubiertas al CROMO
EN CATORCE TINTAS.

2 pesetas cada tomo.

Se venden separadamente porque cada
uno contiene dos ó tres novelas com-
pletas.

VOLUMENES PUBLICADOS

I.—**La liga.—El Globo encarna-
do.**—Traducción de F. Berástegui. Ilus-
traciones de Cuchy; agua fuerte de Mes-
plés.

II.—**Sachá y Loudmilla.—Los úl-
timos bandidos.**—Traducción de F.
Berástegui. Ilustraciones de Cuchy; agua
fuerte de Hanriot.

III.—**El Principe.—María.**—Tra-
ducción de F. Berástegui. Ilustraciones
de Cuchy; oleotipia del mismo.

IV.—**El caso de Susanita.—El
fruto prohibido.**—Traducción de F. Be-
rástegui y Juan de D. López. Ilustracio-
nes de Cuchy; agua fuerte de Hanriot.

V.—**El clavo.—La brasa.—La
prueba.**—Traducción de J. Tadinec.
Ilustraciones de Cuchy; heliograbado del
mismo.

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones
en color,

DOS PESETAS

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta
en colores,

UNA PESETA

JULIO DE LAS CUEVAS

El espejo del alma.

POEMA

Un volumen ilustrado, y cubierta en
colores,

UNA PESETA